

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL PROFESOR DE LA
FACULTAD DE ECONOMÍA
RAFAEL CARTAY

EN LA PLAZA BOLÍVAR DE MÉRIDA
EL 16/09/88
CON MOTIVO DE LA OFRENDA FLORAL EN OCASIÓN
DEL **XXX ANIVERSARIO DE LA FACULTAD DE
ECONOMÍA DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES**

Los discursos en las plazas públicas tienen el sabor de las cosas añejas y nos recuerdan los tiempos pretéritos. Me transportan sin dificultad a los encuentros ciudadanos de la Venezuela agraria y rural del siglo XIX. De aquella Venezuela sin caminos y huérfana de servicios, con pequeñas ciudades que crecían en franco aislamiento con respecto a las publicaciones vecinas, y donde la Plaza Bolívar, o la plaza principal, era el lugar obligatorio de convergencia de ansia colectiva. En las ocasiones solemnes, el discurso en la plaza era el gran acontecimiento. La palabra grave y sonora del orador de orden, preñada de hipérboles y de conceptos altisonantes, discurría sin cansancio sobre las gestas de los héroes de la Patria, el clamor fragoso de las batallas y el sacrificio personal. Era el tiempo en que el país se reconstruía sin cesar de las hondas cicatrices dejadas por alguna guerra, consecuencia del levantamiento de algún caudillo mesiánico y se necesitaba, como el agua el sediento, de la palabra iluminada para enderezar el rumbo y canalizar las energías dispersas para acometer las grandes tareas que la nación disponía.

Aquellos discursos, sin embargo, se los llevaba el viento o se disolvían como la espuma en el aire de la plaza engalanada.

Ahora estamos congregados en el foro de la misma plaza pública, pero el mismo tiempo de antes ha quedado atrás. Nosotros los de entonces, ya no somos los mismos. Nosotros, los de ahora, los nacidos en el tiempo de la paz, estamos dejando de creer en la palabra iluminada de los líderes que parecían concentrar en sí todas las virtudes ciudadanas. Aquel líder que construía castillos en el aire con su palabra de bálsamo, que todo lo podía con la sola convocatoria del discurso, está siendo barrido irremediablemente por la voz del colectivo y la gente del común, sempiternamente puesta al margen, está comprendiendo lentamente que la tarea de construir es responsabilidad de todos; que

la labor uno, por insignificante que parezca, es tan importante como la del otro; que cada esfuerzo es bienvenido e insustituible; que la solidaridad ciudadana es necesaria y sobre todo ahora que estamos urgidos por el tiempo sombrío de la crisis. Ahora sabemos con certeza que ningún líder, por grande y mesiánico que parezca, podrá ofrecernos, como maná del cielo, el milagro de la vida nueva y restañarnos la herida de la dignidad perdida. Nada esencial podrá ser alcanzado sin el aporte de todos, sin el esfuerzo de todos, sin la responsabilidad de todos nosotros.

Hoy Mérida está de júbilo, y las razones de su alegría nos concierne a todos. En estos días conmemoramos 178 años de haberse sumado Mérida al movimiento independentista. En esta misma plaza, en una clara mañana del domingo 1 de Septiembre de 1810, se congregaron los representantes de la Iglesia, los militares, los hacendados, los comerciantes, los académicos y el pueblo llano de esta ciudad para oír la lectura de los comunicados dirigidos al Ayuntamiento merideño por la Junta Suprema de Santa Fe de Bogotá, de Caracas y Barinas que invitaban al pueblo a incorporarse a la causa de la libertad. Conmemoramos también el nacimiento, hace treinta años de los estudios de economía de nuestra querida Universidad de Los Andes. Dos fechas para la historia y dos fechas también para el porvenir.

El júbilo que nos embarga no impide, sin embargo, que conozcamos que la independencia aquella cuyo inicio recordamos, no ha terminado todavía y que nuestra Universidad, a pesar sus innegables aportes, todavía está de espalda al pueblo que la nutrió con su esperanza.

Ahora sabemos que el compromiso continúa que esta democracia que tenemos puede ser mejorada; que esta Universidad que nos une de alcanzar niveles de excelencia para servir mejor al pueblo que la hizo suya y que la vida, más que las palabras ser útil, es camino a la trascendencia para ser útil sin esperar vanas recompensas. Y que un día, al morir el invierno o al nacer el verano, como dijo alguien, sonarán los clarines y se echarán al viento las campanas anunciando un tiempo de justicia social y nacerá una verdadera memoria recobrada.

Muchas gracias.